

En los setenta y tres años del siglo XX, 110 millones de víctimas de la guerra y la violencia

LA NACION DE LOS MUERTOS

Si se pudieran reunir, vivos, los muertos de todas las guerras del siglo XX —que sólo cuenta, recordémoslo, con setenta y tres años— se formaría una gran nación de ciento diez millones de habitantes. Algo más de la mitad de la población actual de los Estados Unidos. Una nación como Alemania y Francia unidas. La metáfora imposible y el cálculo son de Gil Elliot, autor de un fascinante trabajo: «El libro de los muertos del siglo XX» (Doposa, Barcelona). Un cálculo hecho por medios probablemente no muy científicos, a falta de buenos datos, cómputos y recuentos, que quizá esté por debajo de la realidad en algunos casos, tal vez la exceda en otros, pero que no debe estar equivocado: una decena de millones en más o en menos no añadirían o quitarían gran cosa al valor definitivo.

La metáfora sugiere otras. Es posible pensar que si no hubiese habido ninguna guerra en el siglo XX la población del planeta estaría incrementada no exactamente en esos 110 millones de personas —la mayor parte de las cuales habrían muerto ya por causas de las llamadas naturales—, sino en muchas más, calculando la capacidad demográfica que se ha anulado —los muertos en las guerras suelen ser jóvenes—. Y, sin embargo, esta supuesta nación de los muertos aparece considerada con cierta frialdad, como insignificante, inoperante. Si la población actual del planeta se calcula aproximadamente en unos 3.500 millones de habitantes, apenas variarían en nada las circunstancias actuales si pudiera hablarse de 3.600, aún de 3.700 millones.

De donde se advierte que la vieja idea de las guerras como solución demográfica para reducción de la superpoblación no tiene valor ninguno. Puede tenerlo negativo. Ya hace años que Gaston Bouthoul —el más asiduo estudioso del fenómeno-guerra, de la «polemología», como él mismo denominó su ciencia— explicaba que este tipo de «limpieza» es catastrófico precisamente porque se lleva las vidas jóvenes, que son las que más posibilidades productivas y creadoras tienen, y envejece las sociedades. Por otra parte, si tenemos en cuenta la gran mortalidad en zonas de alto desarrollo intelectual y científico —marginando provisionalmente la idea de que tanto vale una vida como otra—, por la acumulación de las dos guerras consecutivas en Europa, podría calcularse la gravedad del

destruccion al detener vidas dedicadas al progreso científico, técnico y cultural.

Años de vida

Sin duda, esta última idea es un espejismo. Es cierto que la guerra pudo llevarse a muchos Einstein, Freud o Cervantes —quienes estuvieron, por cierto, muy a punto de ser víctimas de guerras antes de producir lo más granado de sus obras—, pero también pudo llevarse a muchos Hitler. O simplemente a muchos Landré. Este tipo de cálculo individual no tiene gran sentido.

Podría tenerlo más el efecto multiplicador hacia el futuro. Ciento diez millones de habitantes más no tendrían quizá mucho peso en el mundo de hoy, ni siquiera su producción demográfica inmediata; pero la capacidad multiplicadora de ésta quizá sí lo tenga. El producto de estos muertos dentro de unas decenas o de unos cientos de años podría contarse por miles o por decenas de miles de millones de habitantes. Y eso sí podría ser significativo. Pero como ignoramos cuáles van a ser los factores de natalidad y de mortalidad en el futuro, o como se van a repartir y controlar las poblaciones en los próximos años, tampoco podemos estar seguros de cuál sería el verdadero efecto de las no-guerras que imaginamos. En el terreno de la ucronía nunca brota nada aceptable.

Otra estadística-metáfora sería contar los destrozos humanos de las guerras en horas de vida o, por mayor comodidad, para manejar cifras más hábiles, en años de vida. ¿Cuántos años de vida posible se han perdido por cada muerto en la guerra? ¿Quizá veinte, quizá treinta años por muerto? ¿Y cuántos millones en las vidas que no han podido engendrar? Y habría que sumar otros millones de años para aquellos que no han sido víctimas directas de la guerra, para los que han sobrevivido, pero han visto su vida acortada considerablemente por los sufrimientos de la guerra, morales y materiales. Y las víctimas de las posguerras... Cada cálculo metafórico, imposible, nos arroja cada vez más al abismo de la locura.

Gil Elliot, más contenido, más moderado, no puede, sin embargo, evitar las incursiones en lo metafísico y en lo escatológico. Ni una tendencia a individualizar estas muertes, que muchas veces presenta como sentidas por personajes de su creación, aunque no tan imaginarios como

pudieran parecer. Sin necesidad de llegar a ello, las distintas variaciones de la muerte violenta por hecho de guerra —por violencia organizada— que evocan los simples nombres comunes son ya sugerencias de lo terrible: «Ghetto» cercado, campo de prisioneros de guerra, campo de concentración, campo de trabajo, «ghetto» no cercado, asedio, ocupación, desorganización civil, tránsito, combate, bloqueo económico, hambre provocada, devastación de las cosechas, desorganización bélica, armas de gran calibre, armas de pequeño calibre (ejecución formal), armas de pequeño calibre (masacre), armas de pequeño calibre (combate), mixto-demográfico, bombas de aviación, gas...

Comunismo y nazismo

Sin embargo, quizá para la comprensión de sus muertos, Gil Elliot no profundiza demasiado en las causas históricas, y hace atribuciones a veces esquemáticas, simplistas. Por ejemplo, la atribución al comunismo de la muerte de treinta millones de personas, diez millones en el período de la guerra civil y unos veinte como consecuencia del Terror («el precio de Stalin», en sus palabras). En realidad, los muertos de la guerra civil fueron más bien provocados por el cinturón de hierro —el bloqueo económico de las potencias occidentales, creadoras de la famosa «hambre rusa», y no por el comunismo en sí, — una gran parte de este drama de la privación se traspasa a los años posteriores, a los años de Stalin. Elliot atribuye a Stalin nueve millones de muertos en campos de concentración y un millón fusilados en las prisiones, pero le carga también con diez millones más que atribuye a los efectos de la colectivización, por hambre provocada, matanzas y privaciones y campos.

Podría quizá considerarse que estas cifras son una regresión con respecto a las que podrían obtenerse por muertes en los campos rusos antes de la colectivización; es decir, a una situación endémica durante siglos, que se redujo en algo tras la abolición del sistema de los siervos (las «almas muertas»; es decir, computados ya como cadáveres en vida) y en mucho a partir de la colectivización, cuyo resultado final ha sido el de equiparar la duración de vida del trabajador

agrícola a la del ciudadano. No parece necesario recargar de ese modo la cuenta, ya bastante siniestra, ya bastante negra, de Stalin. Por otra parte, sus fuentes son exclusivamente las de un anticomunista notorio, Robert Conquest, en su libro «The Great Terror».

La misma tendencia aparece cuando trata de la revolución china.

En cambio, los efectos del nazismo aparecen disminuidos con respecto a otros cálculos. Elliot se refiere muy principalmente a los judíos, y sólo esporádicamente a otras clases de víctimas. Con respecto a los judíos ofrece la cifra de cinco millones de muertos para todo el siglo XX, cuando otras fuentes —probablemente exageradas en sentido inverso— dan un total de ocho millones de muertos judíos solamente durante el período nazi y como consecuencia de esa persecución, aparte de los tradicionales «pogroms» europeos. La tendencia inculpatoria de Elliot para Stalin y el comunismo aparece también al considerar hechos tenidos como menores. Por ejemplo, al considerar la desgraciada situación de Polonia, ocupada primero por Alemania y después por la URSS, Elliot escoge deliberadamente las cifras máximas de muertos: «Parece que la cifra correcta debería situarse entre el millón y medio y los tres millones de polacos de origen no judío. Por mi parte, he utilizado la cifra de tres millones, aunque reconozco que es un poco exagerada». Es un recargo inútil. Aun ateniéndose a la cifra mínima, un millón y medio de muertos es bastante, e implica la misma responsabilidad moral para los culpables.

El siglo más duro de la Historia

Dejando aparte el problema de culpabilidad o no culpabilidad, las cifras y las estadísticas que da Elliot para los muertos por la violencia del siglo XX —incomparablemente el más duro de la historia de la Humanidad—, son en sí impresionantes.

La primera guerra mundial ocasionó diez millones de muertos; la guerra civil rusa, diez millones; el Estado total ruso (según lo antes anotado), veinte millones; la segunda guerra mundial aniquilaría diez millones de soldados y diez millones de civiles en la URSS, quince millones para el

en la realidad debió ser muy superior a la indicada por el autor.

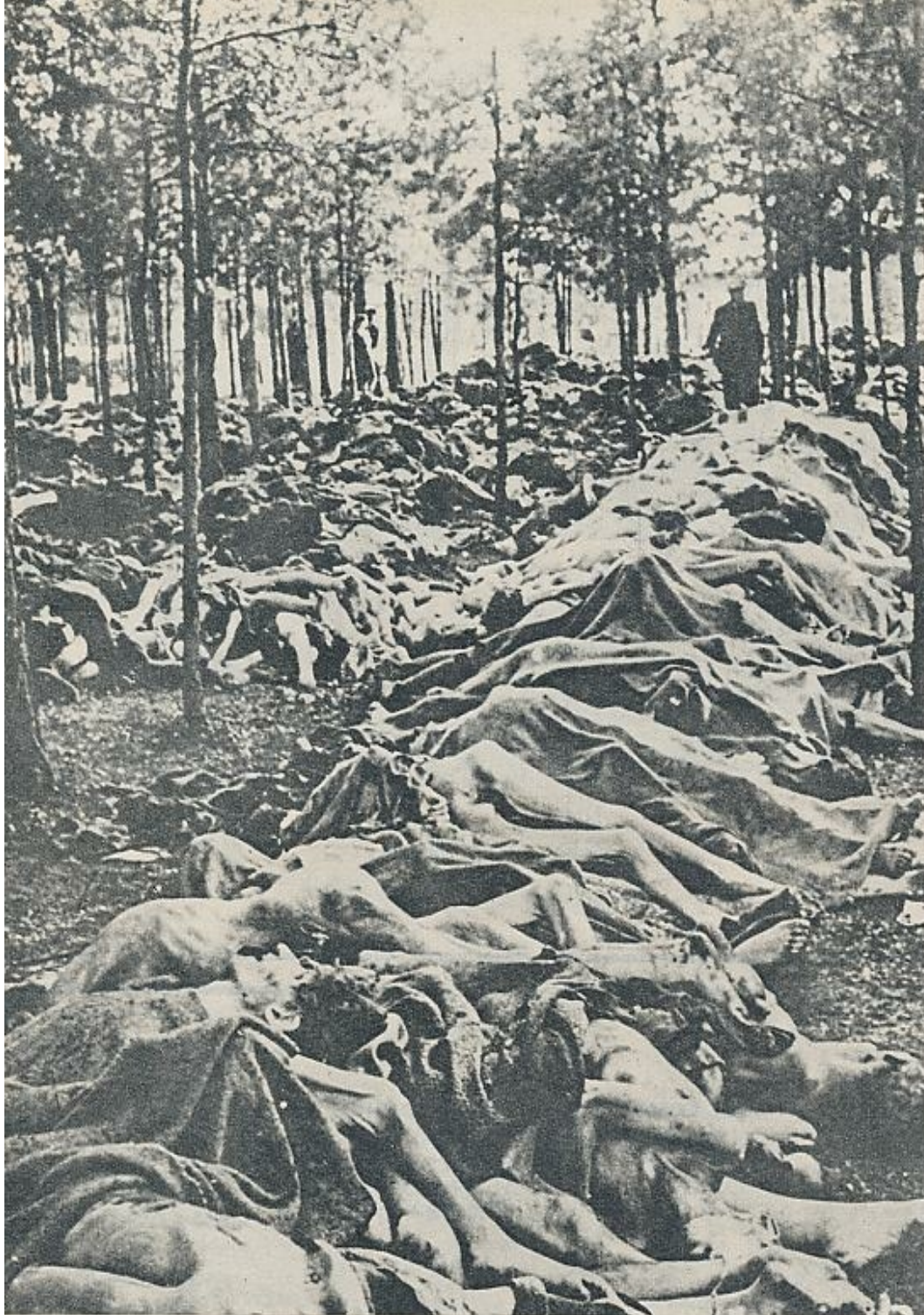
Para la guerra de España se da como válida la cifra de quinientos mil muertos. Parece más exacta que la de un millón, que se ha venido dando por válida. Faltan en realidad estadísticas oficiales, aunque por cálculos de población se ha venido a concluir que es próxima al medio millón.

Las formas de matar

En cuanto a las formas de matar, Elliot ofrece un cuadro interesante. Los muertos por «privación concentracionaria» serían del orden de veinte millones («ghetos» cercados, un millón; campos de prisioneros de guerra, 4,5; campos de concentración, 2,5; campos de trabajo, 12); por «privación urbana», 16 («ghetos» no cercados, 1; asedio, 1; ocupación, 6; desorganización civil, 8); por «privación difusa», 26,5 millones (tránsito, 1,5; combates, 1; bloqueo económico, 2; hambre provocada, 5; devastación de las cosechas, 5; desorganización bélica, 12); por «hardware», 47,5 (armas de gran calibre, 18; armas de pequeño calibre-ejecución formal, 4; armas de pequeño calibre-masacres, 6; armas de pequeño calibre-combates, 14; mixto demográfico, 3; bombas de aviación, 1; productos químicos, 1,5).

Las víctimas habrían sido 77 millones de hombres, 23 millones de mujeres, 10 millones de niños. Curiosamente, los soldados habrían sido los más a salvo de estas matanzas: unos 38 millones, algo más de la mitad de civiles: 39 millones de ciudadanos, 27 millones de campesinos (el resto, hasta 110, se atribuye a «judíos y otras disidencias religiosas»).

Dentro de todas las críticas posibles a las atribuciones políticas del autor, incluso a la metodología de sus sistemas de información y de distribución estadística, la realidad general es lo suficientemente importante como para dar a este libro un interés máximo. Su capacidad expresiva está por encima de los errores y las tendencias. En el universo de decenas de millones en que se mueve, ofrece una imagen de lo que viene siendo nuestro siglo verdaderamente aterradora. Porque el problema de la violencia no está en lo que forma el aspecto parcial de este libro, como no está sólo en el número de muertos. El número de muertos es un exponente válido para juzgar de una situación de violencia permanente mucho más grave, que actúa sobre los vivos y altera todas sus funciones. ■



Cadáveres encontrados por las tropas británicas en el campo de exterminio nazi de Belsen, en la región de Hannover.

resto del mundo y cinco millones de judíos; las revoluciones chinas, veinte millones, y otros conflictos del siglo XX, diez millones. Así se analiza el total de los 110 millones; parcelado de esta manera, las cifras más altas corresponden a las revoluciones comunistas, según la óptica del autor. No aparece la mortalidad por fascismo más que en el grupo reservado a los judíos.

Los llamados «conflictos menores», o bien «otros conflictos del siglo XX», tienden también a

esta supervaloración de las revoluciones en cifras de mortalidad. Las mejicanas habrían costado 2.000.000 de muertos, aunque en ellas se incluyan las guerras contra Estados Unidos («incluyendo algunas intervenciones menores de Estados Unidos»).

Otras cifras muestran la magnitud de matanzas ocultas o desestimadas en las historias occidentales: por ejemplo, las masacres de armenios en Turquía (1914) habrían producido un millón de muertos. Es la misma cifra que

se da para el reciente conflicto de Biafra, mientras que para la del Vietnam no se aceptan más de 400.000 muertos (hasta 1971). Aparece como «guerra civil de Indonesia» la matanza de 1966, que no fue en realidad una guerra civil, sino una simple persecución de comunistas y afines, al caer el régimen de Sukarno. Elliot acepta una cifra de cien mil: en el momento de producirse las matanzas en masa se calcularon en más de quinientas mil, cifra probablemente exagerada, pero que